

---

## POLÉMICA CON EL PRESBITERO P. GADUEL.

---

Artículos publicados en el periódico francés **EL UNIVERS** durante los meses  
de enero y febrero de 1853.

---

I.

EL presbítero Gaduel, vicario general de Orleans, ha publicado en el *Ami de la Religion* una serie de artículos, con ánimo de demostrar el daño que causan á la fé católica los escritos y la fama del Sr. Donoso Cortés, quien, segun aquel crítico, se mete en asunto que no es de su competencia al tratar materias superiores á sus conocimientos, y en las que no se halla versado. De la fama ganada por el Sr. Donoso tiene un poco de culpa el *Univers*, porque el *Univers* parece que tiene siempre un poco de culpa en todo lo que hace daño á la Iglesia; y en el hecho solo de pertenecer el Sr. Donoso á la escuela del *Univers*, necesariamente y á pesar de la buena intencion que en él se reconoce, tiene que hacer daño: por esto es menester advertirlo, y sobre todo advertir al público lo conveniente, siendo, como es, urgentísimo acabar de atar corto á esos seglares temerarios que han dado en hacer libritos y artículos de periódicos sobre cues-

tiones que ciertos teólogos no acostumbran á tratar sino en tomazos de á folio, escritos, digámoslo así, en latin.

Tal es el objeto que el presbítero Gaduel se ha propuesto; y en su virtud ha demostrado que EL ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO está plagado de faltas y errores teológicos y filosóficos: el sabio crítico ha probado con la autoridad de Witasse que el Sr. DONOSO es *triteista*, y con la autoridad de Billuart, que se da la mano con el luteranismo, calvinismo, bayanismo y jansenismo: y todavía esto es nada; porque además el Sr. Donoso tiene su cacho de fatalista, y su migaja de lamenesiano. Agréguese á esto su incorregible ultramontanismo, de que no le acusa el Sr. Gaduel, aunque no lo eche en saco roto, y cate V. aquí un monton de errores, de que el Sr. Donoso va á tener que retractarse. Corriente: pierda cuidado el crítico: se retractará el Sr. Donoso, y lo hará mas pronto y de mejor gana que suelen hacerlo teólogos de profesion, condenados por autoridad bastante mas elevada, y que sin embargo habian leído á Witasse, y aun estudiado á Bailly. El Sr. Gaduel no negará que esos imprudentes seglares tienen el mérito de reconocer sus extravíos, sin empeñarse en defenderlos cuando los cometen, como tambien los han cometido muchos otros, y entre ellos, algunos vicarios generales. Como que yerran de buena fé, por lo mismo se apresuran á volver en cuanto se les llama al buen camino, que nunca tuvieron intencion de abandonar. De esto se convencerá el Sr. Gaduel, si su crítica es tan bien fundada como sin duda él se lo figura; pero entre tanto, bueno es que se digne dejarnos examinarla, porque al cabo ello no es cosa rara ni de hoy el ver á algunos teólogos irritarse como eaergúmenos contra doctrinas inocentísimas, dado que en todas las opiniones de los hombres entran siempre por algo las pasioncillas, los mezquinillos intereses y el ser de ánimo apocado. Ahí está el gran Lainez, lumbrera del Concilio de Trento, que fué acusado de pelagianismo por teólogos que lo entendian. ¿De qué palabra no puede un hombre medianamente diestro sacar un tantico de heregía? Y ya que el Sr. Gaduel nos ha citado á Witasse, que por mas señas, era tambien herético, le aconsejamos que lea las páginas en que truena contra los doctores atrabiliarios que tachan de herejes á hombres ilustres y de fé pura, solo por alguna palabra ambigua que se les escapa al tratar de árduas materias, cuya terminología propia no es conocida sino de quien está rigurosamente obligado á estudiarla.

Ya volveremos á tocar este punto: entre tanto vamos á hacernos cargo de la parte que nos toca personalmente en la critica del Sr. Gaduel; puesto que ha tenido maña para alcanzarnos con su péñola atravesada por entre las páginas del Sr. Donoso, y puesto que acaso y sin acaso este era el principal objeto de sus censuras. El Sr. Gaduel hace este sencillo argu-

mento: el libro del Sr. Donoso, que es *triteista*, *bayanista*, *fatalista*, etc., etc. forma parte de una coleccion de obras publicadas por el señor Veuillot; luego el Sr. Veuillot es tan *triteista*, *bayanista*, *fatalista*, etc., etc. como el Sr. Donoso; y es así que el Sr. Veuillot es director del *Univers*; luego el *Univers* es tan luterano, calvinista, lamenesiano, etc., etc., como el Sr. Veuillot.

Una vez constituido en reo el *Univers* con esta triquiñuela dialéctica, ya no nos deja de la mano el Sr. Gaduel; y á cada herejia de á folio que topa en el Sr. Donoso, y de la cual nos declara responsable, añade él otras pocas de nuestra cuenta y cargo. No las mencionaremos todas, porque seria cuento de nunca acabar; pero la última, la flor del ramillete, es el *pseudo-tradicionalismo*. Figúrese el lector cómo se quedará uno, cuando al salir de misa una mañana, se encuentra con que es nada menos que *pseudo-tradicionalista*. Y sin embargo, todavía le estamos agradecidos al Sr. Gaduel; porque una vez en vena, nadie le quitaba probar que tambien somos ateos.

Pero no hay que acusar por su celo al Sr. Gaduel, nada de eso: el fin que se propone es algo mas que sacarle á uno á relucir sus heregias: esto no es mas que puramente especulativo, y el Sr. Gaduel aspira á obtener un resultado práctico. Se trata nada menos que de libertar á la Iglesia de la opresion que sobre ella ejercen los escritores seglares; no los que la atacan, se entiende, sino los que la defienden, y entre los cuales figuran en primer término el *Univers* y sus amigos.

Por supuesto, los del *Univers* son los peores; porque, segun observa el Sr. Gaduel, son los mas aventajados en esto de crear *corrientes de opiniones*; falta, por cierto, de que no puede acusarse á otros, á quienes por este solo hecho se les perdonarian de buena gana sus entuertos con tal de acabar de una vez con aquellos. El *Ami de la Religion*, por ejemplo, es uno de los que deberian sobrevivir á la destruccion de sus cofrades, porque no corre nunca el riesgo de crear corrientes de opinion. Y es probado: todo aquello que nadie lee, todo lo que jamás logra salir de la oscuridad, menester es conservarlo en el tesoro de la exacta teología y de la filosofía sana: lo demás, al fuego con ello, desde el primero hasta el último, desde José de Maistre y Donoso hasta el Sr. Veuillot: teólogo hay que no teniendo periódico á su disposicion, y reducido por tanto á hacer libros, acaba de dar de baja, á sus expensas y en un solo cuaderno, nada menos que á veinte y tres escritores católicos, entre los cuales hallamos mencionado á *un tal Demaistre* (así dice el buen teólogo) que se cree ser el autor de las *Veladas de San Petersburgo*.

Este odio contra las publicaciones religiosas de seglares no es nuevo, ni tampoco exclusivamente profesado por eclesiásticos; hace largo tiempo que nos persigue, con *carácter político* muy marcado unas veces, y otras

con un *olorcillo comercial*, que *trasciende*; y no solo nos ha venido de ciertos eclesiásticos, fundadores, *redactores* ó propietarios de periódicos, sino que tambien ha cogido en *cuerpo* y alma á los universitarios y *volterrianos*.—*Mucho daño os hacen los periódicos religiosos*, decian á los Obispos la *Presse*, el *Diario de los Debates*, el *Siglo* y aun el *Nacional*, movidos del tierno interés que todo el mundo les conoce por la Iglesia: dicho se está que al hablar de periódicos religiosos, se referian al *Univers*, pudiendo asegurarse sin temeridad que no envolvian en sus censuras y piadosas lamentaciones al *Ami de la Religion*.

Por consiguiente, aquel odio *no* nos coge de sorpresa: hace ya cuatro años que punza y muerde con *cualquier* ocasion á nosotros y á nuestros amigos, sin que hasta la presente nosotros hayamos respondido á sus diatribas ni una sola palabra; pues *esta* es la *primera vez* que nos hacemos cargo de ellas. Pero ya que estamos con las manos en la masa, hemos de decirlo todo. Semejante animosidad contra los seculares que se consagran á defender la Iglesia, nos parece *una* pasion tan estraña en un sacerdote, que tentados estamos de ver en *ella* uno de esos errores del entendimiento, invencibles por lo arraigados, ó una de esas flaquezas del corazon que hay que sufrir en silencio. Porque al cabo, aunque se hiciera poco caso de nuestros servicios; ¿quién puede con justicia desconocer nuestra buena voluntad? Veinte años hace ya que el *Univers* está sobre la brecha; en tan largo tiempo, forzosamente hemos de haber cometido deslices: y sin embargo, aunque no nos han faltado ni lances comprometidos, ni adversarios ni enemigos, todavia, gracias á Dios, no hemos sido citados ni ante un tribunal eclesiástico por errores contra la fé, ni ante un tribunal civil por ofensas contra ninguna persona. Ni un palmo hemos cedido á los enemigos de la Iglesia, ni hemos pedido á sus amigos cosa alguna: no hemos solicitado empleos ni candidaturas; no nos ha ocurrido jamás salir á caza de prebendas: servimos á un poder que nada puede por nosotros sino bendecir nuestro sepulcro, y lo servimos fielmente. ¿Cómo es posible que esto no mueva el corazon de un sacerdote, á pesar de todas las faltas que sin duda podamos haber cometido? Que adelantando cada dia mas en nuestras humildes tareas, crezca y se multiplique el odio y el insulto de los que sobre todas las cosas, insultan y aborrecen lo que nosotros amamos y defendemos, sobre todas las cosas, es decir, el altar y el sacerdote, esto se comprende y es muy natural; pero que entre tanta gente como se dedica furiosa á difamarnos, los mas destemplados hayan precisamente de ser algunos eclesiásticos!... no hay remedio: aquí hay error del entendimiento, ó flaqueza del corazon.

Que cometemos errores, se nos dice; pero ni lo dicen los obispos, ni lo dice el Papa; pues si algunos prelados han podido alguna vez reprendernos, jamás ha sido por errores contra la fé, ni por rebeldías contra la

disciplina, sino por simples estravios cometidos en el calor de una polémica improvisada, ó por doctrinas que ni estan ni serán jamás condenadas por voz ninguna de la Iglesia; cosa por cierto que muchos de nuestros adversarios no pueden decir de las suyas. ¿Que cometemos errores! ¿y cuáles son? *La Gaceta de Francia* nos acusa de combatir los principios galicanos de 1682; *La Prensa religiosa*, de combatir los principios ateos de 1789; *El Ami de la religion* nos acusa de preferir las opiniones del presbítero Gaume á las del presbítero Landriot, la filosofia de Bonald á la del padre Chastel, el genio de Donoso al del buen teólogo que ni aun escribir sabe el nombre de José de Maistre. El Sr. Gaduel añade por su parte el cargo de que siendo meros seculares, y no habiendo leído á Witasse ni meditado á Billuart, nos atrevemos á crear *corrientes de opiniones*. ¿Y á qué toda esta balumba y todos estos rodeos? ¿no sería mas franco y mas breve decir que erramos, *porque somos ultramontanos*?

Pero dese de barato que efectivamente cometamos errores. Por ventura ¿los eclesiásticos que hacen periódicos, con el mismo título, ni mas ni menos que nosotros; y los que no pudiendo hacer periódicos, escriben libros, que por cierto salen tambien sin aprobacion como los nuestros, y á veces hasta sin nombre de autor y clandestinamente; no podrian estos señores dignarse de advertirnos de nuestros errores sin ira y sin descortesía, ya que no con benevolencia?

Por fortuna nuestra, en la presente ocasion, y lo consignamos con gusto, no se dirigen nuestras quejas al Sr. Gaduel, que al menos tiene la dignacion de ser menos impetuoso y algo menos intemperante que sus aliados. Lejos de eso, le hallamos grave, hasta solemne, y no sin cierto interés y ternura le vemos venir cargado de veinte tratados de teología, Witasse por aquí, Billuart por allá, y los demas que echa encima de nuestros pobres hombros. Ello es verdad que una vez aparejado con este farrago magestuoso, hace el pobre lo que puede por divertir á sus lectores, rebozando con un poco de bromita la aridez de su asunto; pero en fin no pasa de aquí: alguna que otra chanzoneta de profesor; tal cual epigrama de casuista; en seguida su Witasse y Billuart, y por remate, los concilios; pero nunca una frase que se pueda llamar injuriosa. Mas vale así: por eso nos decidimos á responderle, satisfechos por no tener nada fuerte que decirle; al contrario, creemos que él ignora la inocente cooperacion que presta con sus críticas á proyectos siniestros, y que sin ver todas las miserias que en ellos se encierran, ha querido rendir culto á la verdad y no al espíritu de pandilla.

Los teólogos viven en mucha mayor intimidad con sus libros que con el mundo, y discurren segun la idea que se forman de una cosa, mas bien que segun la realidad de la cosa misma. En estos casos, suelen escribir

bellisimos tratados, muy bien concebidos, perfectamente lógicos; y que no tienen otra falta sino ir á parar en conclusiones absurdas: por no citar mas que un ejemplo, ahí está el del buen padre Caffaro, excelente teólogo, y por añadidura, religioso ejemplarísimo, que *sin haber puesto en su vida los pies en un teatro*, tuvo la ocurrencia de hacer una disertación atestada de autoridades ilustres para probar que la comedia era un honestísimo recreo, que en nada ofendía á las buenas costumbres. Pero es el caso que Bossuet tomó por su cuenta hacerle ver que se engañaba á pesar de tener ó de creer al menos que tenia en su favor la opinión de San Juan Crisóstomo, San Antonino, Santo Tomas, San Carlos y algunos cánones. Convencido entonces de su error el padre Caffaro, respondió que *había concebido* de la comedia *una idea* muy distinta de la que le daba el señor obispo de Meaux, y se apresuró á retirar su disertación en su consecuencia. Pues bien, nosotros estamos seguros de que el Sr. Gaduel no pierde su tiempo en leer los periódicos, los folletos y demas obrillas de la *incredulidad moderna*; ignorando por tanto que esos periódicos, folletos y demas obrillas son hoy el único pasto intelectual de todo un pueblo. Así es que como ignora el mal, desconoce tambien la utilidad del remedio, y mas aun las condiciones que este remedio debe tener, y la manera de aplicarlo. Cuando sus interesados colegas van á sorprenderle en medio de sus brazos en folio, y á decirle que hay seglares y profanos bastante atrevidos para meterse á hablar de religion y con pretensiones de combatir los errores dominantes, sin consultar previamente para ello quince ó veinte autores, el Sr. Gaduel alarmado esclama: ¡Dios mio! ¿á donde vamos á parar? Se forma, pues, *su idea* de la prensa religiosa, y con esa idea que es disparatada, la emprende como un desesperado, contra la prensa religiosa. Así como el padre Caffaro no veia inconveniente alguno en la comedia, el Sr. Gaduel *ninguna ventaja encuentra* en la prensa religiosa; y del mismo modo que aquel no veia que sus informes le venian de actores cómicos, este no vé que los suyos le vienen de eclesiásticos periodistas: sumido en tal ceguedad, y cabalgando sobre su idea, enviste á diestro y á siniestro, creyendo echar á los vendedores del templo. «Sois unos imprudentes, nos grita, unos ignorantes, unos rebeldes, unos herejotes; estais echando á perder el clero; vais á perder á la Iglesia.» en resumen con tono mas decente que sus colegas, y con un desinterés laudable, viene ni mas ni menos á hablar el lenguaje de los periodistas que andan á caza de suscritores; del propio modo que el padre Caffaro con la mejor fé del mundo llamaba á las gentes al teatro, y queria que Boursault y Moliere hicieran su negocio con la autoridad de los Santos Padres, de los doctores y de los concilios. A semejantes absurdos van á parar esos teólogos que hablan de lo que pasa en la calle, sin salir nunca de sus bibliote-

cas; ellos no habren mas que sus libros, cuando lo que habia que abrir, era la ventana de su cuarto.

Para completar el paralelo que dejamos bosquejado entre el padre Caffaro y el Sr. Gaduel, veremos que así como un obispo se encargó de refutar al inocente defensor de las funciones cómicas, otro obispo tambien de gran fama tiene refutados de antemano á todos los inocentes enemigos de los seglares que defienden á la Iglesia.

## II.

En el segundo año del reinado de Dario, habiendo levantado los ojos al Cielo el profeta Zacarias, vió volar un libro giganteco, largo de veinte codos, y diez de ancho: y por revelación del ángel que le asistía supo que aquel libro era la maldición que iba á derramarse por toda la haz de la tierra; porque todo hombre rapaz y mentiroso iba á ser juzgado conforme á lo escrito en aquel libro que volaba.

No caeremos en la tentación de pretender interpretar esta visión del profeta, porque era muy posible que el Sr. Gaduel nos pillase en fragante delito de una ó dos heregias que añadir al proceso contra los escritores seglares; pero permítanos repetir lo que en cierta reunión literaria oímos una vez al sapientísimo y elocuentísimo Prelado, el Sr. Obispo de Tulle. Comparaba este señor las producciones de la prensa incredula con aquel gigantesco libro volante, que cada mañana se levanta del seno de la inmensa ciudad, y cuyas ojas, llevadas tambien por un viento de muerte, van á derramar la maldición sobre la haz de la tierra. En aquella reunión se hallaban tambien algunos redactores del *Ami de la Religion*, que no deben haberlo olvidado á pesar de los diez ó doce años trascurridos desde entonces; porque aquella palabra chispeante y varonil no es para olvidada facilmente de los que una vez la oyeron. ¿No recuerdan cómo, despues de haber oido al Ilmo. Prelado, ardíamos todos los presentes en el deseo de escribir tambien nuestro libro volante, nuestras páginas que diariamente en gran número y con rapidez se derramasen para llevar la vendición, la luz y la vida con la misma rapidez á la misma distancia y con la misma profusión que las páginas volantes de la mentira llevan la maldición, las tinieblas y la muerte? Desde aquel memorable dia no hemos vuelto á ver al Sr. Obispo de Tulle; pero le acusamos ante el tribunal del Sr. Gaduel, de habernos causado entonces un mal irreparable, alentándonos con su palabra á emprender esta via de perdición por la cual caminamos; metiéndonos en la cabeza, de un modo que no hay fuerza para echarlo, aquel libro volante que como el águila de la verdad, persigue por los aires á la mentira, la alcanza, combate con ella, la hiere á veces, á veces tambien la mata; y cuando menos la impide siempre reinar tranquila, to-